

¿A QUIÉN LE IMPORTA MI HISTORIA SI SOY UN INDIO?

(Inédito)

Jorge Miguel Cocom Pech

Premio de Literaturas Indígenas de América 2016

Premio Grants the Poet Year Award 2016,

otorgado en The Americas Poetry Festival of New York.

Por las calles de ciudades y pueblos transito con mi rostro
ajado por la sed y el hambre.

Los que me socorren,
sin que yo se los pida,
me arrojan los desperdicios de su indiferencia;
y mientras los guardo en la bolsa de mi camisa rota,
pienso que la riqueza de mi heredad,
joya preciada de mi pasado expuesta en museos de las grandes ciudades
se queda en la bolsa,
se queda en las cuentas
de quienes comercian con mi cultura.

¿A quién le importa mi historia
si ella camina en los harapos de la mendicidad?

A veces
soy un indio usurpado en la máscara de un mestizo arrogante
sentado en la mesa de políticos mercenarios,

en donde la osamenta de mi historia,
se glorifica con discursos incendiarios.

A veces,
en un enorme lienzo de color verde, blanco y rojo,
en cuyo centro la imagen de un águila imperial ¿de mis orígenes?,
símbolo impuesto en mis entrañas,
tricolor partidario que degluta a sus hijos,
Xibalbá con las manos sangrantes en el ara de sacrificios,
miro devorar la fugacidad del tiempo y la diluida faz de mi ajada historia.

¿Y si la quiero escribir?

un ejército

¿de hormigas verdes obedientes?

¿de verdes serpientes?

¿de balas verdes?

¿de hornos que desde el follaje verde oliva?

en manos de gene larotes

en manos de al... mira antes...

cientos o miles

de máquinas de la muerte

desaparecen

y se llevan a hornear las páginas de los hijos de los árboles de mi estirpe originaria

y en donde aún,

yo,

párvulo

escribo los recuerdos de mi pasado en el ropaje del viento sin morada,
o en el furioso huracán de mis sueños rebeldes,
sin rastro de su rostro
sin acta de su nacimiento.

A veces
adentro de un enorme pabellón verde, blanco y rojo
se hallan rotas las alas de mis orígenes,
que no pudieron ser sueños al interior de una vegetación exuberante
porque en nombre de la patria,
prometida en urnas ultrajadas
o en tramposas boletas electorales
o en el espejismo de tarjetas bancarias,
dádivas para pobres,
el hombre o la mujer del color de mi tierra
se le sujeta a la cadena del hambre
mientras desfilan en las campañas políticas:
el payaso redentor,
el ladrón ofreciendo muecas
prometiendo el Edén al ciudadano.

A veces,
debajo de un enorme lienzo tricolor partidario,
habitado por sonámbulos y criminales hienas,
al fin libre,

como si fuera perro común,
aún sin dueño,
después de haber (des)trozado ataduras propias e impuestas,
al fin libre,
y aún con el pedazo de la cuerda al cuello,
¡libre al fin!
corro por las veredas de mi pueblo;
¡libre al fin!
corro por las calles en donde la libertad se pasea de la mano con el viento
y mientras brinco y salto a gusto
llego a las esquinas del pueblo
huelo,
husmeo,
masco hierbas,
salto,
brinco,
corro de nuevo;
pero...
luego,
me detengo,
alzo la pata izquierda
y en el tallo de un enorme árbol de mis orígenes,
la inmensa y siempre verde Ceiba sagrada,
escrituro con agua viva mi nombre
sí,

mi nombre,
perro de pueblo,
perro sin dueño
sí,
perro que presume
el haber roto la atadura del miedo.